

UNAMUNO Y EL PAIS VALENCIANO

Al abordar el tema hemos de reconocer que no es demasiado extenso, si bien se prestaría, desde luego, a un alarde erudito, enfocado desde distinto ángulo. Pues, aunque la ciudad de Valencia fue, después de Madrid y Buenos Aires, la más generosa tribuna para don Miguel, ello tuvo lugar casi siempre de lejos, y en un plano exclusivamente nacional, ajeno a toda vinculación concreta con la tierra. Lo que el rector de Salamanca dijo o escribió aquí se habría podido trasplantar íntegramente a cualquier otro rincón de la geografía peninsular, sin más necesidad que la de rectificar muy de vez en cuando algún nombre; por otra parte, sin ligamen hondo con el contexto. Lo mismo podríamos decir en cuanto a la localización valenciana de ciertos aparatosos episodios —y ello nominalmente— en la biografía unamuniana, de tal actividad tribunicia seguidos. Y sus relaciones con los más eminentes escritores del país, sólo por vía refleja nos pueden situar en el plano de nuestra investigación, ya que aquéllos hacía tiempo que desenvolvían su vida en ambientes hispanos o internacionales foráneos a su tierra nativa, por muchas raíces que de ésta les quedasen, cuando con don Miguel entraron en contacto. La debilidad de la *renaixença* de este lado del Ebro¹ no le posibilitaba una atención apasionada cual la que Portugal y Cataluña fueron capaces de inspirarle.

Pero es sobre todo en una innegable impermeabilidad de nuestro vasco castellano a su paisaje donde nos parece encontrar la causa primera de ese su cierto despego valenciano, tanto más significativo cuanto no está sazonado con hostilidad alguna. Acercándose hacia Sigüenza, en su camino de Salamanca a Barcelona, en 1916, reflexionaba aquél: «Verdad es que yo no he encontrado todavía paisaje feo ni comprendo cómo hay quien lo encuentre.»² Y desde luego que no vamos a dudar de su sinceridad para consigo mismo. Pero tam-

¹ Véanse para ella, FUSTER, J., *Nosaltres els valencians*, Barcelona, 2.ª ed., 1964, pp. 221-34; y REGLÁ, J., *El dualismo en Valencia y sus desequilibrios*, SAITABÍ, XVII, 1967, pp. 53-4 y 66-9. El último abunda en las mismas ideas en su *Aproximació a la història del País Valencià*, Valencia, 1968.

² *Andanzas y visiones españolas* (Obras completas), Madrid, A. Aguado, ed. M. García Blanco, 1958, I, p. 741. Salvo que se diga otra cosa, siempre citaremos por éstas los textos unamunianos, con la sigla OC.

poco deducir de ahí que su retina reaccionase con el mismo fervor a unos que a otros. Precisamente era buscándose una explicación de su entusiasmo por los horizontes más desoladores cuando así meditaba, en «las tierras trágicas de la sobremeseta aragonesa, las tierras de hacia Medinaceli, de las que me decía un francés que parecen de un paisaje planetario, lunar»; y él mismo, «que parecen leprosas», siendo un buen ejemplo de cómo «hay tierras tristes, tris-tísimas, desoladas, saháricas, esteparias; pero muy hermosas, solemnemente hermosas». Ni la huerta ni el Mediterráneo le devolvieron tantos ecos de «la voz abismática y eterna de su casta cartujana». Y, a decir verdad, ni siquiera tuvieron ocasión de hacerlo en el país valenciano, puesto que Unamuno no viajó por él ³, aunque varias veces en su vida visitase Valencia y aquí se le conociese entonces bien. El maestro del paisaje literario, en esa «edad de la plata» de nuestras letras, que tiene en la reivindicación de aquél su más típica y lograda nota, es el mejor ejemplo de la indiferencia a su manifestación valenciana, de la que se ha podido quejar con toda justicia en nuestros días Joan Fuster ⁴. Lo mismo podríamos decir del gemelo de Murcia, pese a su entrañable amistad con Vicente Medina, que más hondo en los tuétanos no podía llevarlo ⁵.

VALENCIA, TRIBUNA LIBERAL DE DON MIGUEL

La colaboración de éste en la prensa de la ciudad del Turia fue temprana, abundante y, como veremos, muy ruidosa ⁶.

³ No olvidamos el cariño con que don Miguel trató de Mallorca en sus *Andanzas*. Y, desde luego, no estaría de más comparar los paisajes isleños con los del país valenciano en el orden de valores de su sensibilidad. Recordemos también, sin embargo, la muy débil huella en aquél de sus viajes a Italia.

⁴ En *El país valenciano*, Barcelona, 1962, pp. 178-9. JOVER, J. M., en UBIETO y otros, *Introducción a la historia de España*, Barcelona, 6.ª ed., 1968, pp. 747-8 y 751-2, luego de destacar agudamente en la literatura de la restauración, a la que no otro que él mismo ha encontrado tan sugestivo nombre de pila, «la revelación del paisaje septentrional», oscurecida por la castellana, sostiene también que hay una coetánea incorporación del de Valencia a los grandes temas de la cultura española. Dejando de lado lo pictórico, para el aspecto que ahora nos ocupa, fijémonos en el ejemplo que cita, el de Blasco Ibáñez. Y no cabe duda del aislamiento literario de éste, motivado por un sinfín de causas, todas fuera de este lugar. Azorín y, sobre todo, Gabriel Miró hicieron más en ese campo, pero no atrajeron hacia sus tierras a sus compañeros de los otros horizontes peninsulares, mientras todos confluían en la meseta.

⁵ Sobre las relaciones de Unamuno y Medina nos proponemos publicar en breve unas notas. Las cartas inéditas del último son conmovedoras. El 27-3-1932, don Miguel clausuraba los juegos florales de Murcia (texto en OC, VII, pp. 1037-45). Tiene un cumplimiento para esta «primavera y en esta ciudad de primor que es Murcia», pero su pieza oratoria se mueve del todo al margen de los valores locales. Al principio, a propósito de esos certámenes *in genere*, importados de Cataluña y Valencia, hace unas consideraciones acerca de cómo «es muy difícil delimitar lo que es juego y lo que es trabajo, lo que es flor y lo que es fruto; fruto del trabajo, flor del juego..., juego del trabajo, trabajo del fruto», un tanto inspiradas, creemos, en la geografía que le estaba sirviendo de marco.

⁶ Está por hacer la bibliografía de los artículos de Unamuno. La benemérita labor realizada por García Blanco ha permitido la recogida en sus obras completas de muchos

El 12 de noviembre de 1894 era fundado *El pueblo* por Blasco Ibáñez, saliendo el primer número con el título dibujado por Sorolla, e iniciándose desde él las entregas de *Arroz y tartana*. Unamuno se contó entre sus escritores, dejando de serlo a consecuencia de un incidente sonado, que se produjo en noviembre de 1899. El diario insertó un artículo a su nombre, el cual había sido remitido falsificado a la redacción, precisamente encontrándose Blasco en Madrid, y hallándose al frente de aquélla Rodrigo Soriano y Roberto Castrovido. Se comprende la reacción pública de don Miguel y la trascendencia del asunto en la opinión. El día 22 le escribía Soriano: «Creo que se ha precipitado Vd. en sus indignaciones... La gente está indignada en Valencia de la conducta ligera de Vd. Aquí adoran a Blasco y a *El pueblo* y consideran enemigo a quien tienda a desacreditarlo.»⁷ Y le rogaba que, para evitar semejantes malos entendidos en el futuro, dejase de ser su colaborador. Cuatro días más tarde, vuelve Soriano a escribirle, en un tono mucho más duro, aludiendo a ciertas reticencias para él contenidas en carta de Unamuno a Castrovido. Estas líneas nos darán idea de la temperatura del resto: «Lo que Vd. piense de mí me tiene muy sin cuidado. Eso podrá interesar a sus pobres discípulos que temen sus iras de fin de curso. A mí me hacen gracia sus opiniones y nada más. Cada día tiene Vd. una... ¡Pero, hombre, cuándo será Vd. un poco serio!... Y es que Vd. quisiera serlo todo a un tiempo, carlista, tradicionalista, rojo, verde, azul, una olla de grillos en fin.» La ruptura con Soriano y con el periódico blasquista se extiende a la persona del mismo Blasco. Y con éste se reanuda la relación, al tener lugar la escisión entre él y Soriano. El 4-2-1903 publicaba *El pueblo* el artículo del último determinante de la misma, «Revolucionarios de entretiempos»; y ya el 10 de marzo salía su periódico propio, *El radical*. Pues bien, una de las inmediatas reacciones del novelista fue buscar otra vez la amistad del rector. Hay una carta sin fecha, pero anterior a la que comentaremos inmediatamente, que nos prueba la urgencia de Blasco. Tampoco sabemos desde dónde fue enviada, ya que el texto alude a no estar en Valencia su autor —el membrete es de diputado a cortes por ella—, pero nada más. Es una sencilla y corta excusa sobre el incidente de hacía cuatro años, el «asunto de Vd.» que en ella se dice, en cuanto Blasco había dejado el diario al marcharse en las manos de los dichos Soriano y Cas-

materiales dispersos y muy valiosos, con un cuidado raro para los escritores españoles contemporáneos, víctimas de las preocupaciones exclusivamente mercantiles de los editores. Sin embargo, la tarea no ha hecho más que comenzar. Se requiere el establecimiento de un índice exhaustivo. En cuanto a las proporciones de lo inédito, véase, *ad exemplum*, la ocasional relación de una parte, en Díaz, E., *Unamuno. Pensamiento político*, Madrid, 1965, pp. 83-8. El Archivo Unamuno en la Universidad salmantina está muy incompleto en cuanto a los artículos.

⁷ Salvo cuando expresamente nos remitamos a una obra impresa, todas las citas epistolares de este trabajo se deben entender referidas a la colección de cartas inéditas ordenadas en el Archivo Unamuno. Agradecemos a su hija Felisa las facilidades dadas y la colaboración prestada para su consulta. Para la escisión de Blasco y Soriano, véase LEÓN ROCA, J. L., *Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia, 1967, pp. 266-76.

trovido. La otra carta es del 6 de marzo, y contesta a la respuesta dada por Unamuno a la primera. Se congratula de la última. «Me ha quitado un peso que llevaba tres años [sic] sobre la conciencia», escribe; culpa a su antiguo correligionario sin ambages, aludiendo a «cuando aquí hizo Soriano aquella infamia con Vd.»; y dice habersele «echado para siempre de encima», calificándole de «el loco más canalla del mundo». En todo caso, la relación epistolar entre Unamuno y Blasco se prolongaría hasta 1924, abundosa en misivas indatadas, muy variada y voluble, hasta que el destino hizo coincidiesen ambos en París, luego de su evasión del destierro en que precisamente le había, a su vez, tocado convivir con Soriano⁸. Y en cuanto a *El pueblo* mismo, don Miguel no se recataría de enviarle, llegado el caso, un tributo póstumo a Blasco, en sus columnas, aparecido el 29-10-1933.

Antes de fundarle ése, había venido colaborando en *El correo de Valencia*, que acogió sus folletones desde sus diecisiete años de edad⁹. Y es a éste al órgano a quien Unamuno se dirige para sustituir su perdida colaboración. Por lo menos, desde el 9 de febrero de 1900, en que allí se publica «Crisis de libertad». Entre el 8-11-1908 y el 22-2-1919, escribe también en *Germinal*. Y en cuanto a *El mercantil valenciano*, desde 19-4-1917, con «¡Traidores!», hasta 1924¹⁰, dejando una singladura de la que nos es forzoso ocuparnos.

Se trata de una serie de tres artículos aparecida el 1919; el primero, «Ante el diluvio», en el cual se contenía la luego famosa frase «trueno sobre el trono»¹¹, se vindicaba hasta cierto punto la obra de la Restauración, que al fin y al cabo había sido política, y se anatematizaba la agonía de ésta, comenzada con la regencia, y sus secuelas actuales. Unamuno fue por ellos procesado y la Audiencia valenciana le condenó el año siguiente a dieciséis años de cárcel por estimar injuriosos al rey los dos primeros. Consecuencia acaso del episodio

⁸ Sobre este episodio, SALCEDO, E., *Vida de don Miguel*, Salamanca, 1964, pp. 256-65. Entre quienes esperaban a don Miguel y a Soriano en la estación de París, estaba un alicantino, el periodista Carlos Esplá, coincidente con ellos en su campaña contra la dictadura. La correspondencia de Blasco debe ser atendida más bien en el aspecto literario. En su rápida revisión hemos visto, verbigracia, cómo habla a don Miguel de Huysmans, en la sinceridad de cuya conversión no cree, pues ya entonces iba siendo demasiado vulgar el agnosticismo y llamativa la postura contraria.

⁹ El primero fue «Al caerse del nido». Esa forma de colaboración, que hasta entonces había disfrutado también en la ciudad Félix Pizcueta, fue la primera buena estrella literaria del afortunado don Vicente.

¹⁰ Estas fechas son las que hemos obtenido compulsando el Archivo Unamuno. De lo dicho antes se deduce no aspiran a ser definitivas. Nuestra investigación no se ha propuesto ser exhaustiva en el asunto, por caer éste sólo anecdóticamente dentro de nuestro tema. Reiteramos que los diarios valencianos sirvieron a don Miguel de tribuna nacional, y que no es en la bibliografía extraída de sus páginas donde la postura de aquél hacia el país valenciano puede rastrearse. Los artículos citados extremos de *Germinal* llevaban los títulos de «Palabras a la juventud valenciana» y «El sentimiento de la existencia histórica».

¹¹ La condena hizo famoso el artículo. Así se reprodujo en *El liberal* (26-9-1920), y el *Diario del pueblo*, de Tres Arroyos (Argentina); el 4-11-1920. Sobre la huella del proceso que se derivó, en la correspondencia de Unamuno, SÁNCHEZ GRANJEL, L., *Retrato de Unamuno*, Madrid, 1957, p. 131. Véase una sucinta narración en SALCEDO, E., *Vida*, cit.,

fue todavía un artículo más en el mismo diario en 1923, del que se derivó un cuarto proceso, éste por injurias a la magistratura ¹², en que recayó sentencia absolutoria. El fiscal recurrió de ella al Tribunal Supremo. Todo terminó con un decreto de amnistía. El letrado de don Miguel en Madrid fue el interesante hombre de Estado don Angel Osorio y Gallardo, ya desde antes su corresponsal y admirador ¹³.

Mientras tanto, en *El pueblo* y en el partido blasquista no le guardaban rencor. El sucesor de don Vicente al frente de uno y otro, Félix Azzati, le invitó por dos veces a visitarles. Se trata de sendas cartas indatadas, pero de no difícil reconstrucción aproximada. En una le pide acuda a inaugurar la Universidad Popular, en la Casa de la Democracia ¹⁴. «Es todo lo que podemos hacer por aquí; un poco de democracia y otro poco de arquitectura», le dice. Y por aludir a su protesta contra el ministro Bergamín, que le había destituido de rector, en agosto de 1914, sabemos no está demasiado lejos de la otra, en la cual le solicita esté presente en un mitin organizado por los «antigermanófilos valencianos», al cual iría Araquistain: «Venga Vd., se lo ruego en nombre de esta ciudad que es de veras aliadófila y civilizada; por acá no hay trogloditismo. Aún está España, por Valencia. Aquí está el embrión de la España, ¡vaya! [*sic*].» ¹⁵ Ni uno ni otro viaje tuvieron lugar.

Pero en otras ocasiones Valencia había sido para don Miguel también tribuna oratoria. En su simpático y animado Ateneo Mercantil, se leyó en su ausencia por don Rafael Pastor, el 24 de abril de 1902, un discurso motivado por el certamen nacional que había convocado la Academia jurídico-escolar ¹⁶, y en el cual se contiene una profesión de fe en la cultura y el liberalismo, pero con algunos matices muy destacables. Ante todo, se rechaza cualquier veleidad anarquizante en la manera de entender el último, a veces en términos que no hubiese repudiado ningún tomista. «No es la libertad un contenido real cuyos límites hay que fijar, sino que es más bien un límite que presupone contenido... Si la libertad es la facultad de poder cada uno cumplir su fin propio, ¿hemos de dejársela al que no lo conoce?... Libre es el que hace lo que debe»,

pp. 224-8. La carencia de datos aquí flagrante indica como no se trata de una biografía definitiva ni mucho menos.

¹² Pormenores del suceso, en «Realismos», artículo de Unamuno en *El Adelanto*, de Salamanca, el 25-4-1934; texto en OC, X, p. 999. SALCEDO no añade ninguno más, en *Vida*, cit., pp. 250-1.

¹³ Tres cartas de Osorio se refieren al asunto, todas de 1924, 23-1, 29-10 y 10-12.

¹⁴ La Universidad había sido creación de Blasco. Lo que ahora se inauguraba era el local. Para lo primero, LEÓN, J. L., *Don Vicente*, cit., pp. 263-6.

¹⁵ Otra tercera carta, también indatada, pregunta a Unamuno el nombre de su editor italiano para procurarse sus traducciones a esa lengua. Azzati había nacido en Cádiz de padres italianos. Sólo a título de pormenor erudito apuntamos una aún más remota conexión unamuniana con Valencia. Se trata de los prólogos puestos a dos libros allí impresos, pero ajenos al país del todo: *Más allá del Atlántico*, de Luis Ross Mugica, Sempere, 1909; y *Un alemán, Yo acuso*, 2.ª ed., Hijos de F. Vives, 1916. Textos en OC, VII, pp. 223-37 y 352-8.

¹⁶ El texto en OC, VII, pp. 505-17; salió al día siguiente en *El mercantil*.

siendo la cultura el único camino para, en consecuencia, poder ejercitarla consciente y legítimamente. «Sólo la cultura da libertad... Sólo la imposición de la cultura le hará dueño de sí mismo, que es en lo que la democracia estriba... Libertad y democracia significan, pues, en cierto respecto, cultura y aristocracia. Aristocracia, sí, no rehusa el dictado por pervertido que esté.» Su formación socialista ya pasada le hacía aludir al fracaso del «liberalismo español, con su libertad y su democracia abstractas», correspondiente al individualismo económico manchesteriano, es decir, al «atados de pies los sin tierra, ¡libres las manos!» Y se opone a un debilitamiento del Estado como vehículo de la meta liberal. «Necesitamos un Estado fuerte, que ampare la formación de la nueva patria», exclama frente al spenceriano individuo contra el Estado, si tal vez aprovechable para Inglaterra, no aquí. «Y la cultura es la religión del Estado.» Huelgan los comentarios.

El 22 de febrero de 1909 es la Academia médico-escolar la que le invita a hablar en la conmemoración del centenario de Darwin, en el paraninfo universitario. Por entonces, y a pesar de que ya había llovido mucho desde el escándalo religioso que la teoría evolucionista produjese, incluso entre nosotros, no dejaba de ser problemático y extraño profesarla a la vez que la ortodoxia cristiana. Pero creemos lo era todavía más, desde la acera de enfrente, la rígidamente materialista de sus mantenedores, hacerla compatible con cualquier espiritualismo. Y una vindicación enfervorizada de éste fue todo el discurso de don Miguel. «Y si alguno de vosotros se escandalizara al oír hablar de milagros, he de decirle que pocos creen más que yo en ellos, puesto que creo que todo, absolutamente todo cuanto ocurre, es milagroso, y no admito que unas cosas lo sean y otras no.»¹⁷ De esta visita a nuestra ciudad es la magnífica fotografía que le obtuvo el afamado Novella, y el sordo choque entre ambos motivador de que el artista no se la regalase, evocado por Rafael Ferreres¹⁸. El detalle que a éste no le fue conocido y nosotros hemos encontrado en el Archivo de Salamanca, es el del paradero de la copia que Novella dio a don Carlos Viñals, que no fue otro que la casa de don Miguel mismo. Pero ello tuvo lugar mucho más tarde, ya en las postrimerías, el 17-9-1935, cuando Viñals escribía a Unamuno: «Mi querido maestro: Hoy le envío un retrato que Novella, sabiendo la admiración que por Vd. siento, me ha regalado para que, como deseo, lo tenga en el rincón de mi casa donde con sus libros de Vd. estuvo mi modesto huerto espiritual [*sic*]. El otro, el que me prometió Vd. y

¹⁷ Texto en OC, VII, pp. 785-809; se publicó al principio en *Tribuna Médica*, órgano de la Academia, III, núm. 13, Valencia, febrero de 1909, pp. 7-25. Alude al principio al profesor Casanova. No hay duda de que éste no puede identificarse con el J. Casanova que, en nombre de *El mercantil*, anunciaba en carta a don Miguel, el 11-8-1917, el envío de 450 pesetas por seis artículos en el diario, en ese mes y el anterior. También alude a la confesión que en el acto acababa de hacer el profesor Bartual «de la época en que él, bajo la sugestión de las doctrinas darwinianas, sintió los primeros asaltos de la duda a las heredadas creencias».

¹⁸ En «Un retrato desconocido de Unamuno y una anécdota», en *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, VI, 1955, pp. 61-3.

que espero, lo quiero para que presida mi despacho oficial ¹⁹ el más excelso de los universitarios españoles... Porque la sede primada de ella, hoy como en otros tiempos, está ahí en Salamanca, y no en Madrid, aunque la ocupe un cardenal. Muchísimas gracias anticipadas de su devoto amigo que respetuosa y cordialmente le saluda.» ²⁰

Y el 7 de septiembre de 1922, en la Casa de la Democracia, entonces dirigida por Azzati, por haber resultado insuficiente el Ateneo, a cuyo frente estaba el organizador del acto, Jiménez Valdivieso, tiene lugar un mitin apoteósico de política activa ²¹. Aparte de sus comentarios contingentes, aunque la sucesión de los acontecimientos demostraría no eran superficiales, al «derumbe» de la política española, expuso ahí don Miguel una serie de a cuál más interesantes ideas, algunas de ellas, por cierto, no lo suficientemente desarrolladas en el resto de su obra. Entre otras cosas, es una de las más claras ocasiones en que le vemos repudiar el materialismo histórico y, de rechazo, vindicar al liberalismo individualista. «Hay que salir al paso a todos esos movimientos que tratan de anular al individuo y que tratan, por otra parte, de convertir todos los movimientos en lo que se llama movimiento puramente económico.» Identifica la ciudad con la historia, frente al campo en que sólo hay vida, y en tal sentido interpreta, lo cual gustó de hacer varias otras veces, el enfrentamiento bíblico entre Caín y Abel. Y acusa a la monarquía hispana de los últimos siglos de haber dejado que el campo invadiera a la ciudad, a la vez que lanza una legítima diatriba contra la capitalidad madrileña. «Y en ese lugar de la Mancha no ha podido todavía hacerse un espíritu ciudadano... En mi pueblo, en Bilbao, dicen que la civilización no llega más que adonde llega la marea. No digo que esto sea así. Pero, indudablemente, era una cosa terrible tener que regir desde Madrid, desde El Escorial, un imperio que se extendía por ambos mares... No se ha podido fraguar una civilización europea. Más bien una civilización, a su modo, tibetana.» ²²

LA CUESTIÓN LINGÜÍSTICA

La actitud de don Miguel hacia las lenguas peninsulares distintas del castellano, comenzando por la suya vascuence, requeriría de por sí sola un estudio

¹⁹ Viñals Estellés, en ésta y las restantes tres cartas que de él se conservan en el Archivo, escribe con membrete de Secretario de la Universidad valentina, cargo que ocupó de 1917 a 1940. Nació y murió en la ciudad (1870-1958).

²⁰ Las otras cartas de Viñals llevan las datas de 21-11-1931 («Muy Rector mío: Aunque silenciosamente le sigo siempre», y tras una línea de puntos suspensivos, solamente «Vogliami 'lungo studio e il grande amore che mi an fatto cercar lo tuo volumo. Tu sé'lo mio maestro e il mio autore [*sic*]»), 12-1-1932; y 1-2-1935 (le acusa recibo de lo que llama la «ejecutoria» que un día heredará su hijo).

²¹ Se publicó al día siguiente en *El pueblo*; en OC, VII, pp. 962-85. Para su contexto en la biografía unamuniana, SALCEDO, *Vida*, cit., pp. 242-3.

²² «Personalidad que a las veces se quiere barrer en una masa, en una muchedumbre, llámese como se quiera: sindicato, partido, lo que queráis», dijo también. Notemos la

extenso. De sobra sabida es la inquina que le granjeó entre no pocos de sus paisanos. Y acaso no fuera difícil descubrir, también en este ámbito, contradicciones en genio tan fecundamente contradictorio. Pero la línea predominante de su pensamiento en el tema creemos era la de una inmoliación de dichas lenguas en aras del castellano español, contrapesada por una agresividad de las mismas para hacer ingresar en ese castellano unificada parte de su caudal. Algo, como se ve, bien fantástico, por noble que fuese y aunque su imaginador fuera filólogo de profesión y vocación ²³.

Pues bien, en el caso del país valenciano, para él el problema no existía. Reduciéndolo a la capital, daba por sentada la castellanización íntegra del mismo, salvo en un estadio dialectal incapaz de plantear cuestión alguna. Esta no podía ser sino la artificiosa, engendrada por las pretensiones catalanas de reconquistarlo. Reivindica acertadamente la unidad medieval de catalán y valenciano, escribiendo que «el empeño de algunos valencianistas de distinguir el antiguo lemosín de Valencia del catalán es una puerilidad»; toma nota de su dialectalización «rural y de artesanos», a partir del XVI, y sin que le hubiese alcanzado «el renacimiento literario catalán de hace casi un siglo»; y acusa a la escasa literatura de la *renaixença* allí de artificiosidad, sobre todo a las poesías vernáculas de Querol, a quien tanto admiraba, dejando a salvo sólo la más popular, cual los sainetes de Eduardo Escalante. Insiste también en la diferenciación del valenciano y el catalán actuales, llamando al primero «un catalán despotencializado y pronunciado bastante a la castellana, así como el gallego ha perdido casi toda la fonética portuguesa» ²⁴.

De ahí que considere que los catalanes están solos en el problema de la lengua ²⁵, y que fue justificada la actitud hostil a Cambó en Valencia cuando éste habló allí en catalán, pues «no les hablaba en valenciano, sino en catalán,

indole europeísta de esta pieza, a cotejar con el resto de la obra unamuniana, en nada acaso más ambivalente que en este extremo. En la de 1902 había hablado de cómo «la minoría de europeos, nacidos y residentes en España, tenemos el deber y el derecho fraternales de imponernos a las kábilas». Al principio empezó esta vez diciendo de Valencia «que tiene para mí ya tantos recuerdos y algunos verdaderamente indelebles», y dispónese a recitar «un monólogo delante de una porción de caras amigas y de rostros que son como espejos del mío propio».

²³ Véase todo el tomo VI, *La raza y la lengua*, de las OC. Su recopilación es acaso el mayor mérito de la edición de García Blanco.

²⁴ «La frontera lingüística», en *Andanzas*, cit.; OC, I, pp. 808-11. Nótese de su tono polémico: «¿Sería *La barraca* más valenciana si estuviese escrita en la lengua que hablan los huertanos de Valencia?» Abundó en lo mismo en «Ratpenaterías», artículo en *El mercantil*, del 19-1-1919; OC, V, pp. 677-80. Aludía allí comparativamente a Mistral, y dice de su *Mireio* haber sido «el monumento funerario del provenzal, su tumba poética». Para los orígenes de la pretendida diferenciación entre lemosín y catalán antiguo, véase FUSTER, *Nosaltrés*, cit., pp. 130-2. Paradójicamente, como él señala, acabaría siendo algo de signo más castellanista que valencianista. Cf. OC, I, pp. 809-10, y *Nosaltrés*, p. 150, para testimonios literarios de la dualidad lingüística desde el punto de vista sociológico.

²⁵ «Vascuence, gallego y catalán», en *La Publicidad*, de Barcelona, del 24-1-1917; OC, VI, p. 757.

y los valencianos de hoy, del pueblo, no entienden mejor el catalán que el castellano o español»²⁶. Ahora bien, ¿no sería discutible lo último? Notemos que, en cambio, no ataca el nudo gordiano del problema, es decir, el bilingüismo de la capital, con una población que desconoce el catalán y cualquier variedad dialectal suya. ¿No nos indica todo ello que don Miguel no había puesto boca arriba todas las cartas de la partida? Su preconcebida asimilación del país valenciano a la ciudad, ¿no estaba en la misma línea de simplificar el mismo caso de ésta?

El 18 de septiembre de 1931, en una magistral intervención en las Cortes Constituyentes de la República, don Miguel volvía sobre lo mismo, repitiendo sus reflexiones salmanticenses de años atrás, para terminar ironizando con el animal de que emprestara su símbolo heráldico *lo rat penat*, tan reñido con su estímulo a aquel imperialismo a que arriba aludíamos que trataba de inculcar a las regiones todas, ni cabeza de ratón ni cola de león, sino cabeza de león, «como la que dominó el Cid»²⁷.

LOS ESCRITORES VALENCIANOS

Ya hemos hablado de la relación que don Miguel empezó desde pronto a mantener con Blasco Ibáñez. Sería superfluo tratar de recoger las abismáticas diferencias vitales y literarias que a ambos separaban. Como también insistir en las motivaciones, no siempre ni ante todo de oficio, que a aquélla dieron lugar²⁸. Pero no cabe duda de que el rector de Salamanca no puede alinearse entre los escritores de su generación que, acaso no siempre exentos en ello de una cierta envidia ante la fastuosidad de Fontana Rosa, despreciaron la labor creadora de Blasco. En uno de los últimos artículos de su vida, sobre el que luego habremos de volver, «Fallas y quemas»²⁹, le llama «típico valenciano fallero». Pero es que precisamente allí mismo divaga muy profundamente

²⁶ De nuevo en OC, I, pp. 810-11. «Y es que el acto aquél de Cambó les pareció un acto de imperialismo; iba a reconquistarlos —sigue—. Y en Valencia, que es más mercantil que industrial, saben que si se puede producir en valenciano o en catalán, no se puede vender en ellos sino en español o francés.»

²⁷ OC, V, pp. 699-700. Como valenciano vivo de la *renaixença* admite, además del de Escalante, al de Baldoví, de Sueca, «al pie de cuyo monumento no hace mucho me he recreado yo», y al mismo de Teodoro Llorente. Y remacha, «porque hay que ver lo que es hoy el valenciano en Valencia, que fue la patria del más grande poeta catalán, Ausias March, donde Ramón Muntaner escribió su maravillosa crónica, de donde salió *Tirant lo Blanc*». Sobre el discurso y sus consecuencias, BÉCARUD, J., *Miguel de Unamuno y la segunda República*, Madrid, 1965, pp. 17-9, equivocándose la fecha de aquél. El desafío unamuniano ha sido recogido por FUSTER, J., «Maragall y Unamuno frente a frente», prólogo al *Epistolario entre Miguel de Unamuno y Juan Maragall*, Barcelona, 1951.

²⁸ Sobre su relación en el destierro de París, SALCEDO, *Vida*, cit., pp. 271-5. En la carta antes citada, de 6-3-1903, le agradece Blasco su interés por *Cañas y barro*.

²⁹ Inédito, en *Ahora*, 3-4-1936. Véase RUDD, M. T., *The lone heretic*, Austin, 1963, pp. 237-8.

en torno a las fallas y no siempre en tono negativo. Reconoce que para él existía el universo visible, pero no el invisible; y, claro está, no concebía cómo una vez, en París, habíale expresado su complacencia al pensar que acabaría disgregándose ese «conjunto de células» que era su persona, aunque sí que no creyese en la inmortalidad. También cuenta, claro que sin comentarlo, la proposición que Blasco le hiciera de ir a predicar sus ideas a Estados Unidos en forma de nueva religión, prometiéndole acabaría la cosa cosechándole buenos miles de dólares.

De 1922 a 1925 trató don Vicente de visitarlo e insistió para que aceptase ser su huésped en Menton. El 17 de julio de aquel año —desde el Palace de Madrid, aunque con membrete del Gran Hotel de Sevilla— le anuncia ir a verle a Salamanca para departir con él «de las tristes cosas de la España actual..., aunque sólo sea por 24 horas». «Nos seguimos de lejos con ojos amigos», le dice; y el 26 de agosto le explica las dificultades materiales que se lo impidieron a la postre, a la vez que le invita: «Ya que yo no he podido ir a Salamanca en verano, usted, querido Unamuno, debía pasar aquí, en la famosa Costa Azul, algunas semanas de este invierno. No se trata de una invitación falsa y por pura cortesía; es un compañero de armas literarias, un admirador, un amigo de hace muchos años, el que le invita a venir, sin ceremonia alguna. Usted no conoce, indudablemente, este hermoso lugar de la tierra, por el que pasan los tipos más interesantes y novelescos de todos los países. Yo mismo, hasta hace pocos años, sólo conocía la Costa Azul por haberla visto a toda prisa, al ir a Italia o volver de ella. Un hombre como usted debe conocer esto, como los escritores del Imperio Romano conocían las encantadoras ciudades extendidas al borde del golfo de Nápoles, en las que se desarrollaba la vida antigua en su forma más dulce y seductora. Puede usted venir unas semanas en el mes de febrero, que es cuando se desarrollan las incomparables fiestas del Carnaval en Niza y la vida es más interesante en Monte Carlo y en Menton. Quince días le bastan para ver bien todo esto, y tan corto espacio de tiempo puede usted hurtarlo, sin inconveniente alguno, a sus ocupaciones de catedrático y de escritor. Además un observador como usted encontraría aquí, durante la vida de invierno, numerosísimos temas para artículos famosos... Aunque transcurren muchos años sin que nos veamos ni nos escribamos, yo siento por usted un cariño fraternal, una amistad basada en el espíritu, y muchas veces en mis conversaciones con gente conservadora y vulgar me he peleado por usted, con toda la vehemencia de mi carácter. Nosotros dos somos tal vez en este momento los dos españoles vivientes más conocidos fuera de España, y es natural que exista entre nosotros un trato personal más continuo e íntimo. Crea usted que representará para mí un gran placer el que venga a pasar en la Costa Azul unas semanas. Hablaremos, paseando por uno de los lugares más hermosos de la tierra y observando al mismo tiempo la aglomeración humana más novelesca de nuestra vida moderna.» El 22-12-1924 le vuelve a invitar; y otra vez, el 29-1-1925, para cuando su familia le dejase solo en París: «Este

es país donde podrá hacer grandes caminatas por las cumbres y los valles de los Alpes, que son muy interesantes.»³⁰

No sólo estuvo relacionado bastante con don Miguel, sino mezclado a su propio trato con Blasco, otro de los grandes escritores valencianos coetáneos, Azorín. El 31-10-1923 era éste quien trasladaba al ex rector el generoso proyecto del otro de fundar una Academia de la novela, subvencionándola principalmente, y de la cual ambos serían miembros, con sólo otros tres: Pérez de Ayala, Baroja y Valle-Inclán. Aceptó don Miguel, y el 8 de noviembre, Azorín se lo agradecía, y le participaba haber salido Blasco para su viaje alrededor del mundo, y coincidir plenamente con aquél en su apreciación de la situación política española³¹. A ésta se refiere buena parte de la correspondencia azoriniana a Salamanca, así como otra a detalles totalmente personales de una amistad un tanto familiar³². Pero cuando afloran los temas literarios, encontramos en ella toda la sensibilidad a que el maestro de Monóvar nos tiene tan deliciosamente acostumbrados³³. El 22-3-1929 le acusa recibo de unas «hermosas canciones; me han conmovido profundamente; todo el espíritu de nuestra España está en esos versos, sobre todo en los que usted tiene la bondad de dedicarme. Y también en los que se habla de Cervantes y de la gran abulense. No sé lo que me sucede; parece que la vejez debiera de amortiguar la sensibilidad, y yo cada vez me siento más sensible; ahora cualquier detalle, cualquier incidente, me producen profunda emoción; cosas que antes me eran indiferentes, me causan íntima tristeza. Y esos versos de usted me han puesto en un estado de sentimentalidad y de melancolía indecibles. Esos versos con las consiguientes asociaciones de ideas»³⁴. Y el 27-9-1933, a propósito de dos de las grandes creaciones unamunianas: «El tipo de San Manuel Bueno es de lo más fino y profundo que ha hecho usted; pero creo que ha padecido usted una equivocación. Usted cree que San Manuel Bueno no cree. Y lo cree usted porque San Manuel

³⁰ Trata de política. Se refiere a la «iniciativa del bandido Martínez Anido» contra ambos; disculpa a los llamados «políticos viejos», en cuanto «tal vez su mayor delito consiste en haber obedecido servilmente las insinuaciones del biznieto de Fernando VII y toda su camarilla reaccionaria», y justifica su folleto contra el monarca. Para cuando salga, le pide *De Fuerteventura a París*, del que por García Calderón tenía noticia. La carta está a máquina. En postdata manuscrita le pregunta: «¿Recibió un cestito de naranjas de mi jardín que le envió la Sra. de Elguin?...» El 22-4-1925, Blasco le agradece el envío de su libro de sonetos. Dice debían titularse «la verdadera voz de España; equivalen a *Les châtiments*, de Víctor Hugo, y serán de texto para la juventud de la República».

³¹ Publicadas en SALCEDO, *Vida*, cit., p. 272.

³² Políticas son las de 14-5-1925, 27-9-1933 (en la parte referente a las supuestas injusticias de que se había hecho objeto a Juan March en beneficio de los catalanes amigos de Carner) y 4-5-1933 (felicitación por su discurso en «este locutorio»). El 29-10-1928 le anuncia mandarle la foto que le había hecho en el verano. En ese mes y el anterior, le habla de las gestiones que está haciendo para estrenarle *Tulio Montalbán y Julio Macedo*.

³³ El 10-2-1924 le escribe: «Lo de la deshumanización es una broma; usted no ha leído esos trabajos, y yo sí, pero soy un redomado e inveterado tradicionalista y ya no tengo edad tampoco para hacer zapatas.»

³⁴ Dice le ha mandado copia de ellas a Castro. En cuanto a Unamuno sobre Azorín, véase, vg., OC, V, pp. 363-70 y 394-402.

lo cree también. No hay tal cosa. San Manuel está en un error. El, siendo un fervoroso creyente, está en la creencia de que no cree. Y ése es el error. Todo en San Manuel Bueno se nos presenta como si no creyera el santo; pero todo nos dice también que el santo cree. Esto es lo que yo digo en una exégesis de la novela que he mandado a *La Prensa* de Buenos Aires, y de este modo tranquilizo a las muchas almas piadosas que me han manifestado su pesar y tristeza porque, en el fondo de su alma, San Manuel Bueno no crea. Y así queda a salvo también la ortodoxia. En cuanto a Don Sandalio, hay que reconocer que no existe. Don Sandalio es una entelequia, un mito; Don Sandalio es la resultante de todos los pesares y sentimientos del socios [*sic*] del casino de marras. Todos ven reflejada en Don Sandalio una parte de su sensibilidad. A la manera como la antigua escuela homérica creía formada la *Odisea* con partes fragmentarias y dispersas, así los socios del casino han creado a Don Sandalio.»³⁵

Pero es Gabriel Miró el escritor valenciano con el cual Unamuno parece haber comulgado más entrañablemente, a pesar de lo menos copioso de su relación, según del epistolario podemos rastrearlo. El 22-11-1916 el alicantino le agradece su crítica a las tan controvertidas *Figuras de la pasión del Señor*, «por ser suya y por la alegría de hallar en ella iluminados con sus afirmaciones algunos intentos míos», y siente no haber podido ir a «ver Salamanca y verle a V. en todo su recinto y en sus campos, noble hogar de su espíritu... Confíaba en tener a estas horas el recuerdo y las emociones de V., del remanso del tiempo en las piedras venerables de la ciudad suya.» El 2-4-1917, Lunes Santo, le anuncia dedicarle el segundo volumen que sale en tal día. «Le confieso que no puedo arrancarme la tristeza de ver acabado un libro que ha debido consumir toda mi vida», le dice, y le pide su opinión, «por su sabiduría y austeridad. Su crítica del primer tomo me trajo el raro contento, la íntima y alentadora constatación de sentir todo el libro traspasado luminosamente por sus ojos, viendo lo que yo había contemplado con más ahinco —que suele ser lo que las gentes y los críticos profesionales nunca ven.» Alude al folleto en que el editor ha recogido varios pareceres, cual los de Cejador y el P. Calpena, habiéndose opuesto el autor a que fuesen aquéllos muchos. Los de los dos clérigos «faltaban para agriar a algunos esotéricos farisaicos que vedan la lectura de mi obra al que pudiera ser buen samaritano. La ausencia de *Nihil obstat* me perjudica grandemente. Yo ya no sé cómo decir que mi libro no es apolo-gética de devoción, sino de exaltación o comprensión humana. Muchas librerías lo rechazan, algunos lectores lo devuelven. ¿Pero es que la estética inagotable

³⁵ De los escritos azorinianos sobre don Miguel, haylos también más bien políticos: «El destierro de Unamuno», en *Repertorio americano*, 26-5-1923; «Miguel de Unamuno», en *La prensa*, 4-11-1928, y «En la frontera», *ibídem*, 5-2-1929. Y otros literarios, como la magnífica evocación «Unamuno», en *Madrid*, Buenos Aires, Losada, 1952, pp. 30-2, sobre su epistolario, y una lectura en Hendaia de «El hermano Juan»; y «La generación de 1898», en *Clásicos y modernos*, *id.*, 5.ª ed., 1959, p. 188, señalando en él las influencias de Ibsen, Tolstoi y Amiel.

del Antiguo y Nuevo Testamento es una cantera murada para los que no tenemos tonsura? Se lo dije a Maura, y Maura que sabe la malquerencia recatada, sigilosa que inspiran las *Figuras* a los jesuitas, ha tenido la bizarría espiritual de recoger mis palabras en su opinión. ¡Bien se lo agradezco! Perdóneme estas lamentaciones un poco comineras. Es que se me perjudica y soy pobre; y, además, tengo la conciencia de haber escrito sin salirme de los términos de una costosa sobriedad.»³⁶ Por el mismo Miró sabemos que don Miguel había leído a su amigo ciego, el poeta de Ledesma Cándido Rodríguez Pinilla, el libro³⁷. Instructivo lo que antecede para la historia de las mentalidades de la época, desde luego. Se llegó hasta el encarcelamiento del director de *El Noroeste*, de Gijón, Vázquez de Prida, por haber publicado un fragmento de *Mujeres de Jerusalén*. Sobre «el episodio farisaico-judicial», escribe Miró a don Miguel, el 8 de mayo. Y torna a hablarle del proyecto altruista de un amigo, Joaquín Manuel Gay, al que se había unido Augusto Pi Suñer, de constituir una editorial que preferiría estrenarse con una novela unamuniana, o en todo caso con *El Cristo de Velázquez*³⁸.

En la póstuma edición conmemorativa mironiana³⁹, Unamuno fue llamado

³⁶ El día 25 del mismo mes le agradece su respuesta y el anuncio de la salida del artículo comentador de la obra: «Ansioso estoy de su parecer, no sólo por verme dentro de su espíritu, sino por ser fuente ideológica de beneficios para todos sus márgenes.» Y se refiere también a Maura: «El mismo día que recibí su tarjeta tuve también carta de D. Antonio Maura, una carta muy copiosa. Cree Maura que este II volumen de *Figuras*, aun siendo más condenable que el primero por la demasiada humanización de Jesús, es más intenso que aquél y lo prefirere.» Todas las cartas están fechadas en Barcelona.

³⁷ En carta relativa al primer tomo, del 22-4-1916: «... yo no creo que Vd. me haya escrito tan sólo porque debiera escribirme, sino que adivino que principalmente lo ha hecho porque adivinaba Vd. que yo lo estaba deseando y solicitando, y siendo así, no es menester que le encarezca mi gratitud por su buena acción. El silencio de V. me dolía por doble herida. Los que trabajamos apartadamente tenemos el riesgo de ir acercándonos demasiado nuestra individualidad, la conciencia de nosotros mismos llega a ser una superficie tan inmediata que, algunas veces, no nos vemos. Necesitamos la voz austera y luminosa de otra conciencia que objective la nuestra de modo que proyecte distancias y por ellas se produzca un diálogo. Además —y esto no es tanta pureza, pero quiero decirlo todo— su silencio me parecía una confirmación de otros silencios que se me hicieron sensibles porque V. los corroboraba.» Aquí le anunciaba ya su visita. «Iré a Salamanca. Lo estoy deseando con toda mi alma. Ya sé que todo se desea también con toda el alma; pero el alma modifica sus capacidades según lo que apetece. Me apesadumbra que sea *El abuelo del Rey* el libro que más le ha desagradado entre todos los míos. En cambio, qué honrada alegría, qué emoción, qué ternura tan íntima se me remueve recordando que le ha leído V. las *Figuras* a su amigo ciego, y cómo, aunque yo no me lo proponga, han de acercárame las nobles figuras de Vs. cuando pueda recogerme para seguir escribiendo las de la Pasión del Señor.» Para la amistad del poeta ciego y don Miguel, SALCEDO, *Vida*, cit., p. 75.

³⁸ Ya se había referido a él en su carta del 25 de abril. Para el detalle de todo esto, RAMOS, V., *Vida y obra de Gabriel Miró*, Madrid, 1955, pp. 219-22.

³⁹ Unamuno rindió tributo a Miró en *El Sol*, el 28 de mayo de 1930. Clemencia Miró le agradecía el pésame por la muerte de su padre, el 2 de junio, aludiendo a cómo ya estaba ése «en esas soledades de que usted ha hablado tan justamente».

a prologar *Las cerezas del cementerio*. Y de sus palabras liminares sale enriquecida nuestra imagen de la amplitud receptiva del vasco castellanizado. Porque la sensibilidad misteriosa del mediterráneo está plenamente acogida en ellas, contra lo que hubiese podido esperarse, esa su «mirada glauca y serena» que «ilumina cuanto mira y en una luz difusa, como en una neblina de lumbre plenilunar en que todo se exterioriza»⁴⁰.

Y del siglo XIX ya se ha estudiado⁴¹ cómo una de las debilidades de don Miguel fue Vicente Wenceslao Querol.

EL PAISAJE

En el prólogo que acabamos de citar, elogiaba Unamuno en Miró «que en su obra todo es paisaje, y que si, según Byron, el paisaje es un estado de conciencia, aquí los estados de conciencia, los personajes mismos, son paisajes... No paisajes castellanos, de paramera, de violentos contrastes, de recortado claroscuro, sino paisajes levantinos, a ras de la mar de la Odisea». Ya sabemos que no eran los de don Miguel estos horizontes. Y, sin embargo, los hizo suyos en una visita al peñón de Ifac⁴². Desde luego que le parecieron demasiado claros, y por eso prefirió soñarlos en su casa, con *Años y leguas* precisamente en la mano. Pero no se le quedaron en mera caricia sensual. Al contrario, lo que podía haber sido reclamo esplendente a la superficie, se le hizo superación de cualesquiera contingencias en una interiorización definitiva: «Soñada desde él, desde esa atalaya, la Historia, cuaja, mística y aun misteriosamente, en una visión de quietud y de plenitud, de sosiego y de anchura.»⁴³

* * *

El 3 de abril de 1936 publicaba don Miguel en *Ahora* uno de los transidos artículos que el inequívoco barrunto de la guerra civil le venía inspirando,

⁴⁰ Texto en OC, VII, pp. 438-43. El libro fue editado en Altés, Barcelona, 1932. Comenta don Miguel una visita a Poblet que habían hecho juntos. A Miró no le gustaba el nombre que creía equivaler a pueblecito, pero sí cuando el profesor le dijo derivar de *populetum* = pobeda o alameda. Miró habló de don Miguel en las *Glosas de Sigüenza*. Sobre esto, véase RAMOS, V., *El mundo de Gabriel Miró*, Madrid, 1964, pp. 27 y 424.

⁴¹ GARCÍA BLANCO, M., «El poeta valenciano Vicente Wenceslao Querol», en *En torno a Unamuno*, Madrid, 1965, pp. 171-81.

⁴² «Soñando el peñón de Ifac», en *Ahora*, 24-4-1932; OC, I, pp. 1085-9. Sueña el «busto de Elche» sobre aquél, «cara al sol marino». Y tiene la visión un poco extravagante de un Cristo allí esculpido, clavado al sol también. Ello entronca con el espectro de la guerra civil.

⁴³ También se relacionó con don Miguel, Oscar Esplá. El 30-9-1934 le felicitaba por su homenaje jubilar. «Felicitación tardía y de poco valor, como la ofrenda del hermanito pobre que llega siempre el último en los cuentos de hadas. Pero como va de buena fe, se le llena luego la vida de felicidad. Yo no aspiro a tanto; con que crea V. en la sinceridad de mi devoción y de mi amistad me daré por satisfecho y me perdonaré el retraso.» Y alude a una proyectada colaboración: «Quiero que oiga V. cuando haya ocasión, en Madrid, la música que hice para sus versos de Medea. Como no llegué a tiempo (siempre

«Fallas y quemas». La más rica de las fiestas valencianas le daba pie para unas divagaciones, más o menos naturalmente traídas, contraponiendo el fetichismo mágico, que trata de eternizar y divinizar la materia, a la obra de arte como goce del momento que pasa. Y se interrogaba a sí mismo sobre si dentro de la historia pasajera quedaba otra permanente y eterna, y en el interior del arte había una religión. El se quedaba, en todo caso, «con su esperanza desesperada, su fe incrédula y su consuelo contrarracional» para cantar al espíritu ⁴⁴. ¿Y no nos puede parecer un tanto significativo que en esa su plenitud, a ese país valenciano del que más bien lejano le hemos visto siempre, volviese por dos veces en busca de las verdades supremas, aunque le quedasen flotando en interrogantes? ¿No le habría dejado Alicante una de sus saudades, o esperanzas de cosas pasadas, a la hora en que ya había pasado la de los recuerdos de cosas futuras?

Universidad de Salamanca.

llego tarde) de la representación, voy a aprovechar el trabajo para una obra sinfónica con coros, si V. no tiene inconveniente en autorizar la edición, con mi música, de sus versos.» En cuanto a Sorolla, el retrato de Unamuno en el Museo de Bilbao, fue la última de sus obras, por eso inacabada y sin firma. Véase PÉREZ, D., *Don Miguel de Unamuno. Ensayo acerca de su iconografía y su relación con las bellas artes*, San Sebastián, 1964.

⁴⁴ Aproxima las fallas a las quemas de iglesias. Ir contra la vital ilusión del fetichismo le parece demoníaco e inhumano, pues éste «da vida íntima; opio que ayuda a vivir contento al pueblo. Mejor que el opio —también materialista, aunque de otra materia— que pregonaba Lenin y mejor que la inhumanidad de los humanistas». Recuerda cómo el alcalde de Alicante le decía «que allí la religión popular era la de las habas frescas, la de lo que pasa, a la mañana verde, seco a la tarde». Y haber hablado mucho de ello con Luis de Sirval, el periodista asesinado en 1934.